

CONVERSACIONES
CON ARTHUR
SCHOPENHAUER

TESTIMONIOS SOBRE
LA VIDA Y LA OBRA
DEL FILÓSOFO PESIMISTA

INTRODUCCIÓN, SELECCIÓN,
NOTAS Y TRADUCCIÓN DEL ALEMÁN
DE LUIS FERNANDO MORENO CLAROS

BARCELONA 2016



A C A N T I L A D O

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S.A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© de la traducción, 2016 by Luis Fernando Moreno Claros
© de esta edición, 2016 by Quaderns Crema, S.A.

Derechos exclusivos de esta traducción:
Quaderns Crema, S.A.

ISBN: 978-84-16011-83-4
DEPÓSITO LEGAL: B. 2963-2016

AIGUADEVIDRE *Gráfica*
QUADERNS CREMA *Composición*
ROMANYÀ-VALLS *Impresión y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *febrero de 2016*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

CONTENIDO

<i>Introducción: El Buda de Fráncfort</i>	9
<i>Nota a la edición</i>	79

CONVERSACIONES CON ARTHUR SCHOPENHAUER

La amistad de Wieland con Schopenhauer	83
Un recuerdo de Wilhelmine Schorcht	85
De una carta de la señora Von Kügelgen	85
Schopenhauer visita a dos enfermos de la Charité de Berlín	86
La amistad de Schopenhauer con Goethe	87
Recuerdos de Ludwig Sigismund Ruhl	93
Krause conversa con su vecino Schopenhauer	94
Recuerdos de Ferdinand L. K., barón de Biedenfeld	95
Karl Witte conoce al joven filósofo en Roma	98
Recuerdos del historiador Johann Friedrich Böhmer	100
Sobre Hegel y Schopenhauer	101
Sobre Ludwig Tieck y Schopenhauer	103
El testimonio de un comensal berlinés	103
Sobre el cortejo de Schopenhauer a Flora Weiss	104
Un consejo de Adalbert von Chamisso al filósofo	105
Recuerdos de Xaver Schnyder von Wartensee	106
El testimonio de Michael Reuss	109

Recuerdos de George Römer	110
El testimonio de Theodor Benfey	116
Recuerdos de Friedrich Max Müller	116
Recuerdos de Hermann Rollet	118
Conversaciones de Julius Frauenstädt con el filósofo	119
«El apóstol Juan»: Adam Ludwig von Doss	164
El filósofo confiesa su parecido con Talleyrand	172
Conversaciones del filósofo con su zapatero	173
Un recuerdo de Heinrich Lerch, aprendiz de zapatero	177
Riña entre el filósofo y el carnicero M.	178
El filósofo amenaza a un carpintero	179
La relación de Schopenhauer con su sirvienta, Margarete Schnepps	179
El filósofo recibe a un tal doctor Kriegskotte	183
Un encuentro con Johann Eduard Erdmann	183
Georg F. Ludwig W. Weissenborn visita al filósofo	184
El filósofo conversa con el doctor David Asher	186
Recuerdos de August Lesimple, empleado del editor Suchsland	188
El filósofo habla sobre el pintor Jules Luntenschütz	190
Dos anécdotas referidas por Luntenschütz al periodista Bourdeau	191
El filósofo recibe a dos jóvenes acólitos, Bizonfy y Young	193
Recuerdos de Eduard Crüger	194
El filósofo da un consejo a Wagner	196

Carl Hebler visita al filósofo	197
Recuerdos de Robert von Hornstein	210
Recuerdos de Carl Georg Bähr	227
El filósofo recibe a una mujer:	
Jeanne Marie von Gayette	240
Consejos del filósofo al joven pintor	
Julius Hamel	242
Recuerdos de Carlot Gottfried Beck	245
Friedrich Hebbel visita al filósofo	254
Wilhelm Jordan relata la visita	
de Hebbel al filósofo	256
L. F. Neubürger recuerda una leyenda	
hindú que le contó el filósofo	260
Frédéric Morin visita al filósofo	264
Schopenhauer elogia al actor	
Friedrich Haase	285
El filósofo salva la vida	
al pequeño Julius Frank	286
Recuerdos del editor Eduard Brockhaus	287
Bernhard Miller conoce al filósofo	
en el Englischer Hof	290
La amistad del filósofo	
con Elisabeth Ney	297
Recuerdos de Paul-Armand	
Challemel-Lacour	299
Recuerdos del Conde Alexandre	
Foucher de Careil	313
Respuesta del filósofo a su traductora	
inglesa Jessie Taylor	317
Recuerdos del profesor de filosofía	
Julius Baumann	317
Karl Altmüller conversa	
con el filósofo	318
La última palabra del filósofo	
sobre las mujeres	325

Recuerdos de Lucia Franz	3 2 6
Recuerdos de Johann August Becker	3 4 5
Recuerdos del primer biógrafo del filósofo, Wilhelm von Gwinner	3 4 7
Von Hornstein en el entierro de Schopenhauer	3 5 8
<i>Bibliografía</i>	3 6 1

LA AMISTAD DE WIELAND
CON SCHOPENHAUER¹

Schopenhauer visitó a Wieland cuando éste tenía setenta y ocho años de edad. Wieland le desaconsejó que se dedicara al estudio de la filosofía aduciendo que era una carrera poco sólida. Respuesta: «La vida es una cosa miserable y yo me he propuesto dedicar la mía a reflexionar sobre ello». Finalmente, Wieland le dijo: «Sí, ahora me parece que ha elegido bien, joven, ahora comprendo su naturaleza; permanezca usted en la filosofía».

Poco después, gran recepción en el palacio del Gran Duque: estaban presentes Goethe, Wieland y la señora Schopenhauer; esta última, sólo merced a una concesión especial. La señora Schopenhauer, como burguesa, se encontraba allí únicamente como una excepción. Goethe estaba esa tarde de mal humor, «refunfuñaba»; y sólo intercambió algunas palabras convencionales con Johanna Schopenhauer; acaso estableció un incómodo paralelismo entre ella y su propia esposa, a la cual (en tanto que antigua amante y ama de llaves) jamás le sería lícito asistir a una recepción en la corte. En esto apareció Wieland y comentó: «Señora Schopenhauer, hace poco he hecho una amistad muy interesante». «¿Con quién?». «Con el hijo de usted. ¡Ah, fue muy grato conocer-

¹ David Asher: «Una visita a Arthur Schopenhauer», en Karl Gutzkow, *Unterhaltungen am häuslichen Herd*, Leipzig, Brockhaus, 1854, III, 2, p. 29 y ss. Christoph Martin Wieland (1733-1813), poeta, escritor y traductor perteneciente al círculo de intelectuales afincados en Weimar en la época de Goethe.

lo; de él saldrá algo grande en el futuro!». Goethe se irritó todavía más, puesto que él mismo no había tenido en mucho la valía del joven Schopenhauer—a quien había visto a menudo en casa de Johanna—, antes de que escribiera *De la cuádruple raíz...* La señora Schopenhauer le refirió a su hijo este incidente por carta.

Con ocasión de otra visita, Wieland volvió a convocar a Schopenhauer para hablar de nuevo sobre su intención de estudiar filosofía. Finalmente dijo Wieland: «Así que ahora vuelve usted a Gotinga, y luego a Berlín para estudiar allí durante dos años. Hace usted bien. ¿Estaré vivo todavía a su regreso, después de dos años?». Schopenhauer: «¿Por qué no habría usted de estar vivo, señor consejero? Su aspecto es excelente». Wieland: «Es verdad, uno se seca tanto con la edad que en ese mismo estado de sequedad aguanta todavía unos cuantos años». Wieland murió en 1813 [dos años después de este encuentro].

También Wieland era un buen amigo de la casa de Johanna Schopenhauer, y en calidad de tal fue consultado sobre la elección profesional del joven Arthur. Éste se había decidido por la filosofía. Wieland trató de disuadirlo. Por cierto que, con lo avanzado de su edad, Wieland tenía una opinión muy modesta de sus propios méritos. Así, un día que el zapatero vino a su casa para entregarle un par de botas, se volvió hacia su joven amigo Schopenhauer, allí presente, con estas palabras: «Y bien, dígame, joven Arthur, ¿acaso no es este hombre mucho más útil al mundo de lo que haya podido serlo yo con todos mis escritos? Piense en ello y renuncie a su intención de emprender una carrera tan poco práctica como es la filosofía». Pero Schopenhauer le repuso que se infravaloraba demasiado, que no debía hablar así de sus méritos, que sus escritos habían traído alivio y consuelo a miles de personas entre los dolores y las penalidades de la vida, y que, de esta manera, les había insuflado nuevos ánimos para soportarlos.

Wieland quedó desarmado con esta respuesta, se tomó tres días para pensarlo y, al cabo de éstos, declaró estar de acuerdo con la decisión de Arthur.

[Abril de 1811]

UN RECUERDO DE WILHELMINE SCHORCHT¹

Recientemente ha estado durante algún tiempo en Weimar el joven Schopenhauer. Ha venido lleno por completo de ideas filosóficas, se ha entregado en cuerpo y alma a una filosofía (no sé decir qué nombre tiene), que es muy estricta; toda inclinación, deseo, pasión, todo ello debe ser reprimido y combatido. Para superar semejante guerra, sólo le deseo que tenga la fuerza suficiente, puesto que se necesita un alma gigantesca para cumplir con eso que se ha propuesto con tan buena voluntad.

[Abril de 1811]

DE UNA CARTA DE LA SEÑORA VON KÜGELGEN²

Vino uno de Braunschweig [...]. Hablamos sobre Zacharias Werner³ y, también, sobre el joven Schopenhauer, quien el

¹ Wilhelmine Schorcht a Karl Reinhold, 10 de mayo de 1811. Wilhelmine Schorcht († 1834) era sobrina de Wieland; el jurista Karl Reinhold, su pariente y amigo, era hijo del filósofo Karl Leonhard Reinhold, casado con la hija mayor de Wieland, Sophie.

² De una carta de Marie Helene von Kügelgen a Friederike y Wilhelm von Volkman, Dresde, 12 de octubre de 1812, en Marie Helene von Kügelgen, *Ein Lebensbild in Briefen*, Leipzig, R. Wöpfe, 1900, p. 178.

³ Friedrich Ludwig Zacharias Werner (1768-1823), predicador y dramaturgo. Schopenhauer lo trató a menudo en los tiempos de su estancia en Weimar. Su drama *Wanda*, así como su *Lutero*, entusiasmaron al joven filósofo.

día anterior parece ser que se había empeñado en demostrar de manera muy erudita que Dios no existe.

[Comienzos de octubre de 1812]

SCHOPENHAUER VISITA A DOS ENFERMOS
DE LA CHARITÉ DE BERLÍN¹

En aquel tiempo [Schopenhauer] visitaba repetidamente la Charité, donde, sobre todo, habían despertado su interés dos infelices reclusos en el denominado pabellón de los *melancólicos*. Ambos eran plenamente conscientes de su enfermedad mental, sin poderla dominar, y expresaron a Schopenhauer, en reconocimiento de la profunda piedad que activamente les demostraba, sentimientos y pensamientos que reflejaban la extraordinaria compasión que el «budista» sentía hacia su destino. Uno le regaló un extenso poema en el que se mezclaban, al más puro estilo hindú, las ideas del compasivo con las del compadecido, y llevaba esta dedicatoria:

Al noble que se aparece benévolo
también a aquel que llora en la celda,
al amigo doliente de la humanidad.

Al otro, Schopenhauer le regaló una Biblia² secundando su petición, y éste, a fin de convencerlo del «inagotable caudal de las Sagradas Escrituras», le hizo partícipe al filósofo de algunos pasajes que, según él, contenían versículos muy notables.

[Invierno de 1812-1813]

¹ Wilhelm von Gwinner, *Schopenhauers Leben*, Leipzig, Brockhaus, 1910, 3.ª ed., p. 79.

² Esta Biblia con la dedicatoria de Schopenhauer, fechada el 2 de febrero de 1813, apareció en Estados Unidos, hallándose hoy en posesión del *Schopenhauer-Archiv* de Fráncfort del Meno. El enfermo se llamaba Haefner.

*Schopenhauer recuerda a Goethe*¹

Luego me trasladé de nuevo a Weimar, donde permanecí todo el invierno. Allí aconteció entonces, para consuelo de mi dolor, uno de los más felices y gratos sucesos de mi vida: el gran Goethe, quien verdaderamente puede ser considerado el mayor orgullo de nuestro siglo y de la nación alemana, me honró con su amistad y su confianza. Hasta entonces sólo me conocía de vista, de las reuniones en casa de mi madre, a quien Goethe brindaba gran amistad, sin que nunca me hubiera dirigido la palabra; pero después de que el gran hombre hojease mi tesis doctoral, se acercó a mí y me preguntó si no desearía yo estudiar su teoría de los colores. Para esta tarea prometía ayudarme personalmente con sus aclaraciones y con todos los recursos de que disponía, a fin de que, durante el invierno, a lo largo de las múltiples ocasiones que con seguridad habríamos de tener para encontrarnos, le expresara mi aprobación o mi oposición a sus hipótesis sobre esta materia. A los pocos días me envió todo el aparato y los instrumentos necesarios para poder realizar la descomposición de los colores; más tarde me enseñó los experimentos más difíciles, muy contento de que mi mente no estuviese obcecada por prejuicios que la cegasen en la comprensión de la verdad de su teoría, la cual, por cierto, aún hoy, y a causa de razones que no viene a cuento mencionar aquí, no ha alcanzado entre el público la atención y el reconocimiento que se merece. Como el genial Goethe se permitió encontrar-

¹ Del *Curriculum vitae* de Arthur Schopenhauer, 1819. El citado Wilhelm von Gwinner lo incorporó por primera vez a su célebre biografía de Schopenhauer. Véase Gwinner, *Schopenhauers Leben, op. cit.*, pp. 157-166. Hay traducción castellana del currículum en *Epistolario de Weimar*, selección de cartas de Johanna, Arthur Schopenhauer y Goethe, traducción, prólogo y notas de Luis Fernando Moreno Claros, Madrid, Valde-mar, 1999.

se conmigo repetidas veces a lo largo del invierno, nuestras entrevistas no se redujeron únicamente a tratar cuestiones que se referían a la teoría de los colores, sino que conversábamos durante muchas horas acerca de todas las cuestiones filosóficas posibles. Gracias a tal estado de confianza obtuve, desde todos los puntos de vista, grandes e increíbles provechos.

[1813]

El testimonio de Asher¹

Schopenhauer me contó que Goethe frecuentaba muy a menudo la casa de su madre, la cual, cuando vivía en Weimar, reunía en torno a ella a la élite de la sociedad de entonces; sin embargo, Goethe nunca había demostrado mucho interés por el joven Arthur, que era treinta y siete años menor que él. También éste, por su parte, era muy reservado y casi un misántropo, mostrando ya entonces una marcada inclinación hacia la melancolía, de ahí que incluso el propio Goethe lo describiera en 1819 como «un joven de lo más desconocido, aunque también muy difícil de conocer». Solía suceder, pues, con harta frecuencia que Schopenhauer se recluyese en la soledad de su habitación mientras Goethe, en el salón de su madre, atraía hacia sí la admiración de los invitados allí presentes con el ingenio de su conversación. Un día, sin embargo, poco después de que Schopenhauer se hubiera doctorado y hubiese enviado a Goethe, el amigo de la familia, su tesis doctoral *De la cuádruple raíz del principio de razón suficiente*, este último se levantó de repente al aparecer en el salón el joven doctor en filosofía y, en silencio, abriéndose camino entre la multitud de los presentes, se dirigió directamente a Arthur para estrecharle la mano; luego se prodigó

¹ David Asher, «Ein Besuch bei Arthur Schopenhauer» (Una visita a Arthur Schopenhauer), en Gutzkow, *Unterhaltungen...*, *op. cit.*, p. 29.

en grandes elogios sobre aquel tratado, que consideraba de enorme importancia y que, de una vez por todas, había despertado su simpatía por el joven erudito.¹

«Sí, sí—habría dicho Goethe, secundando la opinión de Schopenhauer sobre las matemáticas—, ante un principio euclidiano se da uno de narices, cree que tiene algo, pero, en el fondo, luego se queda en nada».

A pesar de la gran diferencia de edad, Goethe invitó a Schopenhauer a practicar con él experimentos sobre la teoría de los colores, el estudio favorito al que se entregaba el gran poeta en aquella época; y desde aquel momento en adelante surgió una confiada relación entre ellos, merced a la cual mantuvieron un estrecho contacto durante seis meses. Goethe descubrió pronto que aquí tenía que vérselas con un pensador fuera de lo común; de ahí que no sólo quisiera gozar de su compañía sin que lo molestaran, sino también únicamente cuando su espíritu se hallase revestido de la necesaria disposición y gravedad que requería el encuentro con Schopenhauer, puesto que con otros—decía Goethe—se entretenía, pero con él, con el joven *doctor* Arthur, filosofaba. Con este fin propuso a Schopenhauer que no lo visitara en cualquier momento, sino sólo cuando él lo llamase mediante una invitación especial; tal invitación solía cursarse por lo regular una vez por semana durante el tiempo que coincidieron en Weimar.

[Noviembre de 1813]

¹ En carta a Fravenstädt del 10 de junio de 1852, Schopenhauer contaba que fue especialmente el capítulo VI de su tesis, titulado «Principio de razón del ser» (§ 36 en la segunda edición), sobre la evolución de la geometría a partir de la intuición, el que llamó la atención de Goethe. Schopenhauer, *Gesammelte Briefe*, Bonn, Bouvier, 1987, p. 282.